# LOS LIBROS



FRANÇOIS MASPERO

#### Une éducation Politique

De Régis Debray

Δ

Gallimard, París, 1996, 608 pp.

En La Habana, en julio de 1996, conocí a un joven delgado y levemente tartamudo; la suciedad de su camisa lo delataba como francés al primer vistazo. Régis Debray había llegado, creo, en un carguero.

Cuando volví a verlo en París estaba ligado a un grupo compuesto esencialmente de normalistas, miembros de la Unión de estudiantes comunistas, que soñaba con una revista, La ligne générale. Referencia a la Revolución de Octubre, retorno a las fuentes del leninismo en esos años sesenta en los que, más o menos en todas partes, los movimientos revolucionarios parecían poder tomar el relevo de un comunismo petrificado en sus aparatos postestalinistas. Treinta años más tarde, Régis Debray abre su crónica de Una educación política con esa prodigiosa ebullición que agitó al mundo al salir de la guerra fría. Él trabajaba entonces en la fábrica de conceptos de Louis Althusser: "Clave de bóveda: la escuela de formación teórica" era el santo y seña. ¡Se movía de veras ahí "como pez en el agua"? No hay que olvidar que a los años de formación normalista añadió otros: dieciocho meses de viaje por América Latina "a pie, en mula, en camión, en la cárcel y en tren". A su regreso, esbozó el marco teórico de las potencialidades revolucionarias de ese continente en un texto que de inmediato se tradujo en Cuba. Y en 1965 Fidel Castro lo invitó personalmente a la Conferencia tricontinental. Es lo que otros llaman tener un encuentro con la Historia.

Darle al voluntarismo de la revolución cubana la luz de una conceptualización rigurosa: ambición y modestia. En cuanto a la ambición no hay nada. En cuanto a la modestia, digamos que Régis Debray es de entrada una rara avis en política: negándose tenazmente a ser hombre de poder, quiso ser un hombre al servicio del poder, dandole la finalidad de estar al servicio de los hombres. Soñó con ser compañero de la Liberación. Si descartamos el sentido consagrado —que traduce una idealización singular de los combates de la Resistencia—, las dos palabras cobran toda su fuerza: trabajar por la liberación pero como compañero, nunca como jefe. ¿Por qué? El autor se vuelve pudoroso al hablar de los resortes que lo condujeron a adoptar la servidumbre voluntaria como la "verdadera vía de la liberación humana" enseñada por su profesor Jean Hyppolite. Pareja discreción sigue guardando sobre el origen de una búsqueda de paternidad que lo llevó a reconocerse hijo sucesivamnte de Althusser, de Castro y de Mitterrand.

En 1967, Régis Debray realiza doblemente su proyecto. Publica Revolución en la revolución, que le da al castrismo nudo y forma teóricos: la teoría del foco revolucionario armado. Y en el momento en
que sale su libro está físicamente en
el corazón del foco, en la guerrilla
boliviana del Che Guevara. Siguen
su captura, la derrota y el asesinato
del Che y cuatro años de prisión
para él. Ha nacido la leyenda del
Debray "terrorista".

Una vez liberado, lo vemos de vuelta en Chile como camarada de Allende, ¿Fue él quien lo convirtió a la visión de un "socialismo en libertad", posible por vías pacíficas? "La voluntad de revolución como pasión movilizadora pero sin el sistema de autoridad y de encuadramiento del comunismo". Un socialismo de corta duración, en todo caso: Allende se suicidó en 1973 en el palacio presidencial asaltado por los carros de Pinochet. Y una conversión todavía incompleta, pues vemos enseguida a Régis Debray con los revolucionarios sandinistas en Nicaragua.

Salvo para escribir un "Libro de los giros totales", Fidel Castro ya no resultaba un padre creíble. En La Habana, Régis Debray es el testigo embarazoso de un pasado caduco. En cuanto a la teoría, el encuentro con las realidades de los hombres en sus años de libertad y en los de prisión le enseñó los límites que tienen en la política: "Sierras y páramos me habían dado la oportunidad de una regresión del lado del espíritu y de una avanzada del lado del corazón: la segunda compensa ampliamente a la primera en mi balance intimo."

En Francia encuentra a su último padre: François Mitterrand encarna entonces, en la oposición, esa promesa de socialismo en libertad asesinada en Chile. "En 1965 me había sumado al brote de las esperanzas europeas en el tercer mundo; en 1975, partía en sentido contrario para salvaguardar lo que me quedaba de fe —transfiriendo la espera del tercer mundo hacia una república socialista de Europa".

Compañero de quien representa, a los ojos de los revolucionarios convencidos, la socialdemocracia aborrecida: ¿es un renegado? Más bien una de esas "fidelidades encontradas", paradójicas sólo en apariencia, en el sentido en que las entendía Pierre Vidal-Naquet cuando evocaba a los que, formados en la escuela de la Resistencia francesa, fueron acusados de traición por haber tomado partido por la rebelión argelina. Fidelidad, en este caso, al viejo principio leninista del "hilo más débil", que quiere que se actúe donde se puede hacer palanca: en esa ocasión, allí donde parecía posible cambiar el curso de las cosas en la Francia de Giscard.

Fidelidad, sobre todo, a una idea que este militante internacionalista descubrió en prisión que tenía pegada al cuerpo: la de la nación. No se había dado cuenta, el inconsciente, de que su "vergüenza de ser francés" —tras las guerras coloniales, Indochina, Argelia— le venía de un ardiente deseo inhibido de sentirse orgulloso de su país. Para quien no haya leído o guardado en la memoria las páginas iluminadoras de Que vive la République (Odile Jacob, 1988), la nación que él evoca ahora conserva perfiles mal definidos, que se resumen en la expresión "la nación republicana" -el mejor remedio, dice, al nacionalismo—, sin empeñarse demasiado en establecer la distinción entre el apego, propio de Barrés, a la "tierra" de la patria y la pasión jacobina emancipadora, heredera de la Revolución. Como si fuera evidente. Quizá es una lástima, porque las páginas dedicadas a una Europa gaullista de las naciones, opuesta a la de las economías, están entre las más convincentes del libro.

Llega el mayo de 1981. Despreciando a las oleadas que caen sobre los puestos gratificantes y bien pagados, acepta el más ingrato, que le parece el más útil: el de encargado de despacho en el Elíseo. Si no es la imaginación al poder, por lo menos es la imaginación en los corredores del poder. Será sobre todo, juzga hoy, un cacareo ruidoso. Descubre en el hombre al que avuda lo que más odia: el gusto del poder por el poder, el ejercicio del poder que no ambiciona sino durar. Espera ver que Francia volvía a ser. "con los herederos de 89 y 93, la impertinente del mundo". Ve "a Victor Hugo al servicio de la Bolsa".

Habrá quien lea este libro como una brillante galería de retratos. El del Che Guevara, entre otros, es desoxidante y saludable: el Che sin leyenda, como en sí mismo al fin... Pero quedarse ahí es perderse lo esencial. Las personalidades se evocan sólo para cerner las acciones. Trátese de los años de Castro o de los de Miterrand, se trata de un balance —amargo— del fin de siglo. ¿Amargo? De tanto desencanto se desprende sin embargo una última fidelidad.

Régis Debray historiador —o más bien "metahistoriador", para retomar la expresión de Robert Bonnaud en su libro Les Succès de l'échec (1993), que cubre el mismo período-no renuncia a la historia. Rechazando el discurso de la postmodernidad, persevera: hasta en la era del Internet el porvenir sigue siendo lo más urgente. Sólo que al joven que adoptaba el axioma escolástico según el cual las masas son el motor de la historia lo ha sucedido un hombre al que la experiencia le mostró que esas masas secreta- rían siempre unos "señores" y que no queda sino acomodarse a esa inevitable relación dialéctica. Juego de espejos —¿sin fin? precisamente el futuro lo diráque justifica el título chirriante: Logdos sean nuestros señores...

La lucidez, decía René Char, es la herida que más se acerca al sol. Si esta travesía de treinta años de nuestro siglo es lúcida y luminosa. es porque no oculta ninguna herida: es tan despiadada con los señores como con el autor mismo y con el lector. Por fin un verdadero, un gran libro de memorias políticas. No hay una búsqueda del mejor perfil, intento de absolución, ajustes de cuentas a toro pasado. Este escritor francés, "ni contemporáneo capital ni testigo importante". al que le gusta citar al Cardenal de Retz y prefiere a los filósofos combatientes sobre los intelectuales comprometidos —"Me gustaría poder decir: nunca fui un intelectual comprometido"— se cuida de adoptar otra pose que la más insoportable: la de no adoptar una pose. Insoportable para él. Insoportable para los otros. Por cierto: ¿cómo se llaman las personas como el cardenal de Retz? ¡Moralistas? #

> ♠ LE MONDE TRADUCCIÓN DE AURELIO ASIAIN

PHILIPPE SOLLERS

## Una éducation Politique

De Régis Debray

£

Gallimard, París, 1996, 608 pp.

Sartre (cuya mala reputación se debe sobre todo a esta clase de declaraciones) se atrevió a decirlo: el ateísmo es un camino largo y tortuoso, sembrado de obstáculos y vueltas en redondo; es el negocio, más o menos incumplido, de toda una vida. Véase la puesta en escena

de la muerte de Mitterrand por él mismo. ¿Cree usted en Dios? Puede ser, por qué no, no lo he decidido, no lo he pensado. Pero usted habló de las "fuerzas del espíritu": ¿qué quiso decir? Bueno, precisamente, estoy en camino, me preparo, la muerte es un misterio, ya veremos. Para terminar, la vedette principal de la nación nos ofreció entonces una gran película pedagógica, un lado larnac, un lado Notre-Dame de París, muerte íntima en todas las pantallas, ocupación masiva de las conciencias, invasión de las librerías, orgía espiritual de toda clase. Percibir, por ejemplo, en la marejada de los señores de este mundo, la barba gris de Fidel Castro y el kaffiyah un poco de través de Yasser Arafat mecidos por el almíbar sonoro del Requiem de Duruflé, todo ello bajo la bendición indulgente del cardenal Lustiger, era un placer de reves. Aquel día, milagro, Dios no era fanático, hace falta que cada tanto dé una gran recepción publicitaria, antes de recomenzar, al día siguiente, a golpes de Corán o de alucinaciones locales, nuestros actos criminales y más que dudosos.

Régis Debray —en los tiempos que corren, es heroísmo- parece a punto de encontrar el ateísmo que hubiera debido ser el suvo desde el principio. No se repone de haber creído tan largo tiempo en ese sucedáneo de religión que es el poder político. Pasión de la dominación, "continente más negro que la sexualidad", dice él, precisando que se puede ir así del homicidio al genocidio. Se podría resumir su libro alterando el poema de Rimbaud: crédula juventud rendida al amo. por la sed de poder he perdido mi vida. Pero, precisamente, el que pierde gana y Debray, en estos días, es una sorpresa, es uno de los raros ciudadanos despiertos de un país hipnotizado. El nuevo mérito de ser largamente conocido.

"Loados sean nuestros señores" es un gran libro. Hará rechinar los dientes de los actores de una vieja historia de treinta años (y más), causará disgustos en todas las sacristías del opio de los pueblos. No me esperaba, lo confieso, este doble golpe, hábil, irónico, autocrítico v sordamente ofensivo. Creía a Debrav encerrado en una suerte de resentimiento populista (contra Venecia), en una ensoñación arcaica (De Gaulle), en una extraña volunrad rardía de reconocimiento universitario (la "mediología"), en una hosquedad celosa contra los aventureros más radicales que él (Debord). Pero no, está libre. Su escrítura se resiente de ello, aguda, graciosa, uno se conmueve a cada instante, se ríe, su gordo libraco se lee con alegría, la clerecía no estará contenta, he aquí a uno que colgó los hábitos y sigue animado.

Esta hubiera podido ser "la infancia de un jefe". El reclutamiento de cerebros por la Iglesia comunista era, a comienzos de los años sesenta, un verdadero sacerdocio. Teología, catecismo, ejercicios de piedad, culto de los santos. Quién hubiera podido imaginar, en esa época, que uno de los padres de la religión en ascenso. Althusser, se convertiría un día en un asesino. Tanto como sospechar que el abate Pedro caería, hace un mes, en el negacionismo islamita de Garaudy. Como que no hay que jurar por nada. Si mañana nos enteráramos de que Pierre Bourdie se ha sumado al Frente nacional, de que lacques Derrida conducirá en lo sucesivo el noticiero de las ocho de TF1, o de que Jean d'Ormesson es al fin miembro de la Iglesia de Cienciología, estaríamos menos sorprendidos. Pero hago mal en regocijarme, la Historia es trágica.

Debray era pues un filósofo seminarista en marxismo-leninismo. Sólo que fue llamado, elegido. Castro lo descubrió, lo invitan a La Habana, Meca de los tiempos nuevos después de Moscú y, pronto, de Pekín. Hoy es difícil imaginar el fervor de los peregrinos del nuevo absoluto, y es un error, puesto que la ilusión en sí misma tiene mucho porvenir, sólo cambia de disfraz, es una constante. Lo que ahora nos interesa es el diagnóstico de Debray: no tenemos hecho más paracristiano que la cosa revolucionaria. No se trata sino de apocalipsis inminente, de Jerusalem celestial, de mártires de ascesis, de moral de hierro. Debray, joven creyente, es tomado por la pasión sacrificial y la ilusión lírica, por el cine entusiasta y la leyenda piadosa de "la interminable cadena de los sacrificios dichosos".

En Cuba las ceremonias se suceden, desfiles, entierros, celebraciones, congresos. La Revolución (al menos en su versión eslava y latina) es una reinvención de la familia. tan devaluada por lo demás. La gran pasión humana, y ya: estar juntos. ¿Y hay algo más exaltante que estar juntos en una guerra santa? Se pasa entonces, y es lógico, de la lectura de Lenin al manejo de la pistola o de la bazuka. Parece que Debray era malo en explosivos. Tanto mejor: después de todo, hubiera podido hacerse saltar a sí mismo, como el editor Feltrinelli en Italia.

Es pues un gran intoxicado el que habla, un amoroso que, como Swann con Odette, ha "reaparecido". Debray quiso a Castro, ese "megalómano minucioso, disimulado, expansivo, granuja", ese "cruel amable", ese increíble animal de escenario. Cita esa exclamación de Moravia ("sin embargo antifascista insospechable"), al presenciar un discurso de Castro: "¡Asombroso! jun verdadero Mussolini". Este superamo del espectáculo ha pues "hecho durante un cuarto de siglo. de una población más bien rumbosa y distraída, una gran sala sudorosa que retiene el aliento, clavada a su silla".

Y luego, por supuesto, está Guevara, el Che, otro estilo. "Rumiante de lo escrito, devorado por la impaciencia", "cristiano de las catacumbas", despótico soterrado, puritano, suicida, crístico. Otra

vez, y qué revelador, el vocabulario religioso por todas partes. Debray tiene razón: carecemos de una "historia larga de la pulsión de muerte", la del amor en Occidente, salvo los paréntesis (yo soy un fanático de estos paréntesis).

En prisión, en Bolivia, Debray tuvo tiempo de meditar en su curiosa aventura. Le dieron una tumba, simularon que lo iban a fusilar. fue arrastrado por el lodo y, este "francés sediento de sangre", descubrió el odio. Lo cuenta con sobriedad. Otro descubrimiento: la cuestión nacional. No hay remedio, él es francés, la Revolución no cambia nada. La idea abstracta es contradicha por el "lugar", el "hecho". Se vuelve entonces, desde ese momento, nos dice, más o menos "gaullista", lo que va a contracoriente del mayo de 68 en París. He aquí un punto en común entre él y su futuro nuevo padre: Mitterrand (que detestó el mayo de 68). Lógico, también en este caso, porque asistíamos al estallido de una pulsíon de vida: "se trataba de gozar sin trabas y no de morir por la Causa". Debray es lúcido: "esos gritones eran descubridores, yo pertenezco a la prehistoria". Gritones, se dice rápido de una revolución de muy largo alcance, porque era, precisamente, antipolítica.

Entreacto en Chile, muerte heroica de Allende, vuelta a Francia, seducción por Mitterrand (al que Debray, a mi modo de ver con mal gusto, se empeña en llama "un gran señor"). Allá cada quién con sus transferencias eróticas. Aquí, la película resulta más bien cómica, lenta experiencia de desilusión, novela provinciana, volvemos de Dostovevski a Balzac. Felizmente, la descripción del quidproquo es stendhaliana, el consejero del Elíseo, estacionado en su despacho, escribió en todo caso el discurso de investidura del presidente de la República francesa, el 21 de mayo de 1981. Le hizo salmodiar a Joaquín de Flora. Novatada mística y sincera. Pero al fin uno se cansa, seminegro, de no servir para nada: Debray dimite en 1988 y deja el Consejo de Estado dos años más tarde. Lo vemos de vuelta en sus estudios. Juicio profundo sobre Mitterrand: "Moderado en todo, salvo en nihilismo -- su único principio radical". Al fin, la palabra ha sido dicha: nihilismo. La continuación, espera uno, debería profundizar el concepto. El porvenir, en efecto, no será ni Castro ni Guevara, ni de Gaulle ni Mitterrand: como de costumbre. tendrá por nombre lo Imprevisible.

Habría mucho más que decir a propósito de este libro, que hará época. La descripción del temor incesante en que viven los hombres políticos es un fragmento de antología, lo mismo que la de la comedia de las recepciones y los cocteles. Debray ha recuperado su Francia, en definitiva, como escritor. Quisiéramos que desesperara a las nuevas generaciones con un tratado de saber-sobrevivir (con ejemplos de apovo), especie de manual de incredulidad en la tradición seca y burlona de los grandes moralistas. Le deso que escape a las cábalas de los devotos, que son legión, como debe saber. Escribe: "La mejor crónica de 1968 y de la generación Mitterrand se publicó en París y es La educación sentimental. Las fechas no cambian nada". Estov de acuerdo en cuanto a la "generación Mitterrand" pero no en cuanto al 68: las fechas, pese a todo, son importantes. Un esfuerzo más, camarada, la fuerza del tiempo libre corre contigo. 🕰

> © LE NOUVEL OBSERVATEUR TRADUCCIÓN DE AURELIO ASIAIN

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO

MANUAL DEL PERFECTO IDIOTA LATINOAMERICANO

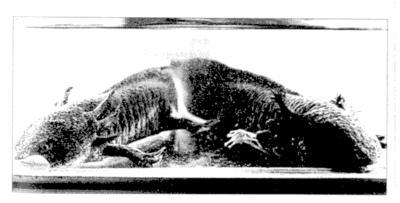
De Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa

Æ

Plaza & Janés, México, 1996, 319 pp.

Comentar un panfleto es difícil; ser justo en el comentario, imposible. Su tono invita a la polémica, pide adhesiones o insultos, procura obligar a la toma de partido. Ponerse a hacer distingos y sugerir matices, en cambio, parece inapropiado y no sé si más injusto o ridículo.

Comentar sin entusiasmo el librito de Mendoza, Montaner y Var-



JUNIO DE 1996 41

gas Llosa es difícil: es un panfleto, con casi todas las virtudes y todos los defectos del género. Desigual y disperso, desorbitado a veces y siempre ruidoso y superficial, a duras penas podrá convencer a nadie no predispuesto de antemano, y hará poca mella en las creencias de sus adversarios.

Se trata de una denuncia apasionada (y a veces divertida) de la "idiotez" de los tópicos más frecuentes en la retórica de la izquierda latinoamericana: el victimismo. el culto al Estado, el odio a los Estados Unidos. Una crítica muy incisiva en algunos casos y que se queda corta o resulta insípida en otros: particularmente afortunada, por ejemplo, en lo que se refiere a la hostilidad hacia los ricos y hacia el mercado, no lo es tanto en cambio respecto al nacionalismo: se echan de menos, en ese capítulo, el ingenio y la desenvoltura que hay en otros.

Se notan, incluso en una lectura apresurada, algunos errores de mucho bulto, como el decir que para el "espíritu mercantil" español "la Edad Media era el modelo absoluto, y la actividad económica de los particulares era casi un pecado" (p.110); o bien que la Constitución mexicana es "esencialmente socialista y corporativa" (p.125). No tienen demasiada importancia, sin embargo, porque casi ninguno de sus argumentos depende mucho de los datos.

Y hay aciertos notables también. Cuento entre ellos el esbozo de explicación de las causas de la "idiotez". Según su diagnóstico, los rasgos típicos de la dolencia son la propensión a la paranoia y una envidiosa necesidad de rebajar cualquier mérito; dos características en las que se reconoce sin dificultad la moral del resentimiento (raíz, decía Jorge Cuesta, de nuestro nacionalismo). A partir de ahí conjeturan el origen de la "idiotez" en el frustrado elitismo de una intelectualidad de clase media, que tiene en los

empleos públicos una vía rápida de ascenso social y que encuentra en el poder del Estado un recurso para resarcirse de su propia impotencia.

No suena mal como explicación: es bastante cínica para resultar atractiva. Pero es insuficiente: las mismas o parecidas inclinaciones pueden descubrirse en nuestros pensadores ilustrados, en los jacobinos y tradicionalistas del diecinueve, en los positivistas y en muchos demócratas y ecologistas de hoy. No basta, pues, para explicar el pensamiento de la izquierda, pero ofrece una hipótesis que convendría tomar en serio para hacer una sociología de la intelectualidad latinoamericana.

Mucho menos original y menos interesante es lo que tienen que ofrecer los autores: una defensa simplona de las ventajas y virtudes del mercado que si destaca por algo es por su ingenuidad y que recuerda no a Popper ni a Hayek sino a Ayn Rand.

Sorprende, por ejemplo, la frivolidad de afirmaciones como ésta: "Nuestra idea central es (...) que la libertad es la base de la prosperidad y que el estado debe ceder a la sociedad civil los espacios que arbitrariamente le ha confiscado..." (p. 109). Los empresarios abusivos, los sindicalistas tramposos, los intelectuales oportunistas, los "idiotas" y sus clientelas son parte de la Sociedad. El mismo panfleto da pie para afirmar lo contrario: que el desbarato habitual de nuestros países se debe al triunfo histórico de la Sociedad sobre el Estado. Eso sería, al menos, una crítica liberal consecuente y realista.

En una frase: el "mercantilismo", el clientelismo, la corrupción son manifestaciones de una Sociedad prepotente, capaz de imponer sus intereses y sus formas de organización en contra de la lógica impersonal del Estado. No hay nada que "devolver" a la Sociedad; si acaso, cabría pensar en quitarle la posibilidad de parasitar los recursos que, teóricamente, son públicos. El origen del problema no está en que sobre Estado, sino en que faltan ciudadanos.

En conjunto el libro es entretenido, superficial y escandaloso, como corresponde a un panfleto. Raro por eso, puesto que el género no es frecuente entre nosotros, fuera de la izquierda; y sería interesante saber quiénes compran el libro y qué buscan en él. No parece probable que pueda servir para provocar una discusión académica, y sería una lástima que se quedase apenas como complemento en cursos de "superación personal" para ejecutivos. Merecería la réplica de otro panfleto: ojalá alguien lo escriba.

**JAVIER ARANDA LUNA** 

#### MÉXICO EN LA FRONTERA DEL CAOS

De Andrés Oppenheimer

Javier Vergara, México, 1996, 368 pp.

La política moderna forma casi de inmediato su propia bibliografía. Chateubriand reservó su itinerario político para que se lo levera después de muerto; los políticos modernos parecen empeñarse más bien en ser leídos en vida: a Kissinger v Thatcher en el extraniero o a Mario Ruiz Massieu, Manuel Camacho y el subcomandante Marcos en México no les interesan las memorias de ultratumba sino aquellas que les permitan seguir haciendo política entre los vivos. Y así como a ciertos políticos les da por escribir sobre los momentos claves que protagonizaron, quienes han multiplicado la bibliografía de esta ciencia

en nuestros días han sido analistas, reporteros, cronistas y escritores. Al reportero John Reed le debemos importantes páginas sobre la lucha armada mexicana de principios de siglo; a José Juan Tablada el panegírico mejor escrito sobre Victoriano Huerta y la muestra de que a los escritores les conviene mantener distancia con el príncipe; a Octavio Paz, Salvador Novo y Carlos Monsiváis la refrescante y clarificadora crónica de la vida política del México contemporáneo.

Los asesinatos de Luis Donaldo Colosio, Mario Ruiz Massieu, el cardenal Posadas y el levantamiento armado en Chiapas no sólo sacudieron al país: provocaron un alud de libros sobre nuestra historia política reciente. Por desgracia los buenos análisis y reportajes --- como los de Gabriel Zaid, Enrique Krauze v Alejandro Caballero--- escasean v abundan los de hechura instantánea y facilona. Hace unos días empezó a circular un libro en el que vale la pena detenerse: México: en la frontera del caos, del periodista Andrés Oppenheimer, Oppenheimer, corresponsal en México y en América Latina del Miami Herald, empezó a trabajar en un gran reportaje sobre nuestro país hace cuatro años. Su idea original fue centrarse en el México de los noventa y en el futuro de su sistema político para ofrecer al público norteamericano, carente de materiales de actualidad, informaciones y análisis de primera mano: en las librerías de Estados Unidos, apunta en su prólogo, México parecía ser dominio de académicos v cronistas de viajes. Y aunque Oppenheimer no lo señala, también hay que destacar que una parte considerable del material periodístico publicado en aquel país, sobre el nuestro, está plagado de inexactitudes y prejuicios, producto de lecturas superficiales y desconocimiento de la realidad mexicana. Si México: en la frontera del caos se pensó para el lector norteamericano fue un acierto publicarlo aquí: es un testimonio útil y en general bien documentado sobre nuestra historia inmediata.

Para los lectores de periódicos no hay muchas revelaciones en el libro. ¡Pero cuántos mexicanos leen los diarios cotidianamente? Y de quienes leen ¿cuántos pueden tener una visión de conjunto de lo que ocurre? Si aunamos nuestra mala memoria en materia política el libro de Oppenheimer es de veras útil. Su radiografía de los años recientes es minuciosa e incisiva. Y las relaciones que establece entre los distintos escenarios, grupos y personajes, esclarecedora: sindicatos y grupos armados, políticos del star system y asesinos, policías y narcotraficantes. En general no deia títere con cabeza ni soslava las entretelas del poder. Investigaciones de campo y documentales, más de seiscientas entrevistas y la distancia de un observador extranjero le permitieron al periodista construir una interesante visión de conjunto. Uno puede discrepar de algunas de sus opiniones o lamentar su falta de información en determinados temas, pero no se pueden ignorar los demás datos que ofrece.

Como la intención de Oppenheimer fue observar de cerca el México político de los noventas, el telón de fondo de su texto es terrible: una crisis en la que se entretejen el alarmante desempleo, un levantamiento armado, pugnas políticas que se han querido dirimir con asesinatos, la violencia callejera, el narcotráfico y, entre otras cosas, una corrupción incrustada en los hábitos de no pocos políticos y empresarios. ¿Qué país está exento de estas atrocidades? Los casos de Rodney y King y Olof Palme podrían encabezar la abundante lista de barbaridades modernas. Pero lo que llama la atención de Oppenheimer en el caso mexicano es la proliferación de esos síntomas de descomposición social en un país donde además se ha consolidado una cultura de la simulación v el ocultamiento: la máscara de

una sociedad que va de los pasamontañas zapatistas a las palabras y los hechos de la clase política y empresarial mexicana.

El primer capítulo, "Fin de fiesta", marca el tono de todo el libro. Allí describe el ambiente triunfal por el México del primer mundo: el júbilo en Wall Street, la explosión de mercancías importadas casi en cualquier lugar, la proliferación de franquicias, las páginas de Time y Forbes destacando que va no se podía pensar en México como nación tercermundista o refiriéndose a Carlos Salinas como el hombre que "casi por sí solo" estaba dando la vuelta a la historia mexicana. Como todos sabemos, el levantamiento armado en Chiapas, el primer día del 1994. marcó el fin de la fiesta, el principio del fin del milagro mexicano. Desde las primeras páginas Oppenheimer contrasta ficciones y realidades, las máscaras de un país y su verdadero rostro. Por eso no extraña que rescate en el capítulo "México desenmascarado" lo que le confiara una académica norteamericana: "estudiar a México era como trabajar en la caverna de Platón: uno sólo veía sombras, y uno nunca sabía qué sombra pertenecía a quién". Ni tampoco extraña que en otra parte del libro glose algunas páginas del imprescindible El laberinto de la soledad de Octavio Paz donde el poeta apunta que los mexicanos llevamos máscaras como formas para defendernos del mundo: "Mentimos por placer y fantasía, sí, como todos los pueblos imaginativos, pero también para ocultarnos y ponernos al abrigo de los intrusos". La mentira, continúa citando a Octavio Paz "posee entre nosotros una importancia decisiva en nuestra vida cotidiana, en la política, el amor, la amistad. Con ella, no pretendemos nada más engañar a los demás, sino a nosotros mismos".

Aunque México: en la frontera del caos consta de 16 capítulos, sus puntos medulares pueden resumirse en cuatro: las inverosímiles formas de corrupción del PRI y de la clase política gobernante (Tabasco, Aguas Blancas, las guardias blancas y las formas de acarreo); el último cambio de poder presidencial (el magnicidio de Colosio, el relevo emergente de Zedillo y el proceso electoral); los negocios de los empresarios al amparo de los gobernantes y un panorama de la izquierda en México que va del infructuoso protagonismo de Cuauhtémoc Cárdenas al logrado por Marcos y sus huestes indígenas a base de ambigüedades y verdades a medias, en los medios masivos de todo el mundo.

Al terminar el libro de Oppenheimer, que se lee de un tirón, pocos dudarán de que se requiere un proyecto de país distinto. ¿Cuál? Oppenheimer no lo dice. Aunque es difícil saberlo uno espera, como muchos, que difiera, al menos, del presentado por él. 🗸

FABIENNE BRADU

ANTHOLOGIE DU PORTRAIT: DE SAINT-SIMON A TOCQUEVILLE

De E. M. Cioran

Æ.

Gallimard, París, 1996, 281 pp.

Cioran desconfiaba de los hombres de letras, sobre todo cuando opinaban de política. Sólo les reconoce cierta competencia en tiempos de revolución, "porque tienen la facultad de imaginar que los problemas pueden resolverse con una actitud o la fraseología". El mayor defecto de los franceses, dice siguiendo a Tocqueville, es juzgar la política como hombres de letras. Sin embargo, resulta paradójico que el perspicaz diagnóstico del siglo XVIII que nos propone la Antología del retrato se deba a escritores que sabían que la expresión del alma humana y del espíritu de una época es, ante todo, un asunto de estilo.

La selección de la Antología es admirable: denota una profunda v asidua frecuentación de los textos. Coexisten los memorialistas de primer rango como Saint-Simon. Chateaubriand, Sainte Beuve o Tocqueville, con retratistas menos conocidos como Brissot, Beugnot, la condesa de Boigne o el duque de Lévis, entre otros. Los fragmentos, por lo general breves, aceptan una doble lectura: aisladamente, cada retrato es una pequeña obra maestra, en la que uno no puede dejar de admirar la feliz alianza entre el rigor v la concisión. Pero se antoja que la apuesta de Cioran reside en el efecto de conjunto, en los cruzamientos propiciados: Madame de Staël. Chateaubriand y Madame de Rémusat sobre Talleyrand; Talleyrand sobre Sievès: la condesa de Boigne sobre Madame de Staël; loubert sobre Chateaubriand v Chateaubriand sobre Joubert; Charles de Rémusat sobre Benjamin Constant y Benjamin Constant sobre Iulie Talma; Philarète de Chasles sobre de Pradt v de Pradt sobre Napoléon, etc., y, sobre todo, en el paisaie final que Cioran así reconstruve para apuntalar su visión de la naturaleza del arte del moralista y los orígenes dieciochescos de los males de nuestro siglo.

No sé hasta qué punto su visión del XVIII francés sea verídica o completa, pero tiene la rara virtud de convencer tanto por ser una deducción de la suma antológica como por la pertinencia de ciertas interrogantes sobre nuestros tiempos, a las que aducen las ramificaciones del análisis. No cabe mucha duda de que el XVIII haya sido, como lo muestra Cioran, un siglo que privilegió el reino de la inteligencia so-

bre cualquier otro valor humano, en detrimento de los sentidos y de los sentimientos verdaderos, por un enfermizo temor a la idiotez. Un siglo parlanchín, frívolo, artificial, elegante, dice Cioran, hasta la perfección petrificada que es la novida o el vacío. La Regencia representa la exacerbación de los talentos despilfarrados en naderías, en piruetas verbales, en murmuraciones, en desenvoltura.

Cioran es un pensador diametralmente opuesto al espíritu dieciochesco. A los enciclopedistas. los califica como "amateurs de ilusiones" y a los lacobinos, como "retóricos sanguinarios, refinados y sutiles, bárbaros disfrazados de ideólogos". Sin embargo, más allá de "la democratización de la vacuidad" que caracteriza al siglo, el filósofo rumano coincide con la época en un punto. A propósito de Madame du Deffand, plantea "el drama de la lucidez" que bien pudo haber sido el suvo a lo largo de toda su vida. "Lo peor es que, va entrado en lucidez, uno se vuelve cada vez más lúcido: no hay engaño ni marcha atras posible", dice el enemigo de Voltaire acerca de una de las más cercanas amigas del filósofo de Ferney. ¿No es Cioran la encarnación del mismo drama? francés por adopción y, sobre todo por la adopción de su lengua. Cioran desenmascara el mal supremo de Francia. que tiene su origen en el XVIII, y que constituye el punto en que su propio camino se bifurca del drama de la lucidez compartido con la mayoría de los moralistas. El mal supremo de Francia es, según él, la vanidad.

Consecuencia directa del uso brillante y del abuso cruel de la inteligencia, la vanidad representa hoy un arma de ambiguos filos para los franceses. "Este defecto está tan arraigado en ellos que se vuelve, si no una cualidad, al menos un resorte que los incita a producir y a actuar, y, sobre todo, a brillar. De ahí, l'esprit como espectáculo de la inte-

ligencia, como preocupación por ganarle al otro cueste lo que cueste. por siempre tener la última palabra. Pero si bien la vanidad aguijonea las facultades, aparta del lugar común y combate la indolencia, en cambio hace de cualquiera un herido, un desollado. Así, por los sufrimientos que les inflige, los franceses pagaron por todas las oportunidades de las que gozaron en abundancia. Durante mil años, la historia giró a su alrededor: semejante suerte se exp(a; su castigo fue y sigue siendo la irritación de un amor propio siempre insafisfecho, nunca apaciguado."

¿Donde reside entonces el punto en que la inteligencia deja de ser una salvación para convertirse en un camino de perdición? Cioran no ofrece respuestas que tengan el valor de uso de las recetas culinarias. Pero observa, por ejemplo, que Inglaterra tiene instituciones libres que fueron muy poco imitadas por otros países, porque las revoluciones, empezando por la francesa de 1789, sólo se inspiran en las falsificaciones y de la farsa de la libertad. (En este punto, coincidiría con Voltaire a quien, sin embargo, denosta contrastándolo con Pascal). También plantea con escalofriante lucidez el problema de la tolerancia.

Por carencia de "nervio" o por exceso de indolencia, el Regente se rodeó de bandidos y convirtió estas mermas en una virtud: el ejercicio de la tolerancia. Cioran parece rescatar todo lo condenable de semejante régimen a través de esta pregunta: "¿No es preferible vivir bajo un reino en el que cierta libertad está garantizada por rufianes que ahogarse bajo la autoridad de los puros y los fanáticos?" Pero, poco después, cuando llega al momento de analizar la Revolución francesa, añade la siguiente rectificación: "La Revolución fue provocada por los abusos de un reino en el que los privilegios pertenecían a una clase que ya no creía en nada, ni siguiera en sus privilegios, o, mejor dicho, que se aferraba a ellos por inercia,

sin pasión ni encarnizamiento, porque tenía una ostensible debilidad por las ideas de quienes iban a aniquilarla. La complacencia por el adversario es el signo distintivo de la debilidad, es decir, de la tolerancia que, en última instancia, no es sino una coquetería de agonizantes." Es inútil subrayar la pertinencia de estos nudos de reflexión para la situación política actual, particularmente en el caso de México que no acaba de decidirse entre la nostalgia del autoritarismo y los progresos de la tolerancia.

Estos cuantos señalamientos no son sino botones de muestra de una reflexión que se articula en las páginas del prólogo con asombrosos grados de profundidad y de condesación. Cioran dice acerca de Saint-Simon que es "a menudo injusto, pero nunca falso"; lo mismo se antojaría decir de Cioran. Si bien define admirablemente el arte del moralista v del retratista, sólo le interesa la posición y la repercusión moral de estos escritores. Con excepción de Saint-Simon, cuyo estilo celebra sin ninguna reserva, poco se detiene en la apreciación estrictamente literaria de las pequeñas obras maestras que compila. Advierte que el francés del XVIII había llegado a un estado de esclerosis a causa de "su árida claridad, de su rechazo a la hojarasca, a lo insólito, lo incorrecto y lo arbitrario". Las obras del siglo despliegan, a su gusto, "un verbo transparente, sin porvenir ni misterio, un verbo vigilado y censurado por no se sabe qué Inquisición de la limpidez". En este aspecto, tal vez cometa algunas "injusticias", pero todo lo demás suena irremediablemente cierto y verdadero.

Después de leer a Cioran, sabemos por qué y cómo un siglo se perdió para el porvenir político de la historia. Pero, repasando su Antología, también podemos apreciar cómo se salvó por la literatura. A pesar de lo que afirma Cioran, no todos sus productos fueron incubados bajo la campana de cristal de los invernaderos. Los retratos que reúne Cioran, tienen más vigor y más vida que muchas plantas que crecen en el desaliño y el recato de los trópicos.

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

### LA SOMBRA DEL TRIÁNGULO

De Juan Antonio Masoliver Ródenas

Ø,

Anagrama, Barcelona, 1996, 167 pp.

El diálogo entre la literatura de América y España sigue siendo tortuoso, plagado de precauciones, lejano de la fluidez que solicita la comunidad de la lengua. Rehuvo con frecuencia escribir reseñas sobre escritores españoles contemporáneos. ¿Habrá algo de resentimiento criollo ante la aparente eficacia de la nueva ficción peninsular? Pasó la época en que los astros del boom latinoamericano iluminaban Barcelona; se fueron los días en que las editoriales mexicanas y argentinas acogían los textos censurados por el franquismo. Aquella América, la utopía en acto que soñó Reyes, se esfumó. Las aguas volvieron a su cauce en ambas orillas del Atlántico. El ingreso de Mario Vargas Llosa a la Real Academia de la Lengua simboliza el fin bienaventurado de una travesía. Pero todo fin de partida es melancólico.

La antigua metrópoli hoy exporta escritores notables como Enrique Vila-Matas, Javier Marías, Antonio Muñoz Molina... narrado-

res tanto más significativos pues, desde Baroja y Azorín, la ficción española se volvió una marcha en el desierto tras los espejismos del realismo social o de un formalismo tedioso e infértil. En los años noventa, por primera vez en décadas, España tiene novelistas de auténtica cepa, ya sea mediante la altanera anglofilia de Javier Marías, esa resurrección de la vivacidad de la lengua en Muñoz Molina, o en la aventura de Vila-Matas, quien ha roto la vitrina donde vacía, polvorienta, la muñeca de Gómez de la Serna. Pero tras ellos llega una legión de autores españoles que complican la elección crítica, libros y libros anunciados como "una de las novelas más importantes del siglo. de la década, del año", aparecidos, como milagros en el camino de Santiago, cada día. Pero en cualquier parte del mundo la mayoría de las povedades editoriales es mala literatura, pues el talento, T.S. Eliot dixit, el verdadero talento, es cosa rara.

Juan Antonio Masoliver Ródenas (Barcelona, 1939) es poeta, traductor v crítico. Es un narrador tardío en un país que rinde, como suele suceder en las épocas de bonanza, culto a la juventud como virtud suprema en literatura. Apenas en los últimos años, Masoliver Ródenas publicó Retiro lo escrito y Beatriz Miami en la serie gris de lorge Herralde. La sombra del triángulo (1996) es una colección de cuentos armoniosamente dispuestos, conectados por un alter ego que responde a alguno de los cuatro nombres del autor, como son cuatro las estancias en que se pasea ese curioso personaje.

La sombra del triángulo deja ver el perfil de un hombre maduro obsesionado por la genitalidad. Me simpatiza el héroe tutelar de Masoliver Ródenas, perverso al que interesan el pene y la vagina, más que el erotismo, los misterios visuales del sexo antes que el Eros glorificado. Este ser, que salta de cuento en

cuento, podría personificar otra variante de novela finisecular. La sombra del triángulo dibuia un cuchillo clavado en unos inmensos testículos, esa extraordinaria "Historia del retrete", diminuta novela de iniciación, la muerte del padre colapsando de principio a fin la micción, un hombre desnudo en la calle, un sacerdote reo de solicitud... Pero Masoliver Ródenas no es un epígono del estulto realismo sucio que se escribe en Los Angeles o Nueva York, sadismo reciclado que repiten algunos tontos (y tontas) en España y México. El sadismo es una repetición mecánica aburrida como el reloi de pared de una casa añosa. Las obsesiones genitales de Masoliver Ródenas pertenecen al universo de la ternura. No es improbable que el autor de estos cuentos sea un psicoanalizado. La sombra del triángulo parece, a ratos, una memoria de diván. La tipología anecdótica remite al psicoanálisis, ese triunfante chamanismo del siglo XX que este escritor purifica mediante un estilo exacto v sensual.

Masoliver Ródenas recorre la vida sin ofrecer moraleja alguna. Es un escritor indiferente a la escatología de sus obsesiones. Su imago es tan sólo el niño que entrevé, asustado, "la sombra del triángulo" en el retrete, a la doncella desnuda tras el ojo de la cerradura. El horror de las pasiones aparece como consecuencia de dos atributos fatales que La sombra del triángulo ofrece con parca ironía: la curiosidad y el miedo. El niño cochino deviene en viejo verde, sin Madurez, como quería Gombrowicz.

La sombra del triángulo es obra de un cosmópata. Narra en Buenos Aires, en una aldea mexicana o en la vía Gramsci. No creo que la paráfrasis letrada sea lo mejor en Masoliver Ródenas. "La novela de Borges", el cuento más "literario" del libro, es un lugar común intelectual estropeado por la impericia narrativa. Pero este escritor español

admite todas las lenguas porque el imperio de los sentidos es la verdadera lengua franca, acaso la única, practicada a través del fisgoneo o de esa alcoholatría que el libro secreta, tembloroso.

Estos cuentos severos y simpáticos deberán unir a Juan Antonio Masoliver Ródenas al grupo de narradores españoles que solicitan nuestra admiración. Pero no encuentro impaciencia en esta prosa. Pareciera que La sombra del triángulo fue escrita sin pensar en el público fugaz, obra de la impiedad de un hombre frente a su memoria. Estos libros, a veces, sobreviven al ruido del mundo gracias a la epopeya de la intimidad.

DAVID MEDINA PORTILLO

#### LA OTRA MANO DEL TAÑEDOR

De Adolfo Castañón

L

El Tucán de Virginia, México, 1996.

in darme cuenta, conforme he venido levendo los libros de Adolfo Castañón se ha ido dibujando en mí la imagen de un lector paradigmático. Me refiero, desde luego, al Adolfo Castañón autor de una de las obras más sugestivas, inteligentes y diversas en el terreno del ensayo contemporáneo en México pero, sobre todo, pienso en ese personaje que, libro a libro, se pasea por cumbres y llanos, islas y continentes de una vasta imaginación literaria. Valga el símil, se trata de una figura de lenguaje antes que de una realidad verificable en la persona del autor, Adolfo Castañón. Una figura de palabras en la medida en que, vigilando las proporciones, la Torre de Eyquem alberga una imagen capital, a saber: la del lector arquetipo cuya biblioteca circular estimula la conversación de los Ensayos.

Pero qué tipo de lector es este que, a contraluz, nos revela el pensamiento escrito de Adolfo Castañón. Según se prefiera, más acá o más allá del mapa ecuménico de nuestras letras expuesto en su Arbitrario..., o de la pleitesía pagada a sus eminencias tutelares en La gruta tiene dos entradas, advierto un pulso sensible a las líneas de imantación del pensamiento poético. ¿Qué trato de expresar? Algo simple: es cierto que Adolfo Castañón visita la obra de un autor como quien recorre un país (Stendhalia, para repetir la ocurrencia de Julien Gracq), aunque también es verdad que dicha obra le sirve para construir sus propias metáforas de la imaginación. La torre de Montaigne es una. ya se dijo; restarian por nombrar, para dar otros ejemplos, el castillo de Axel (Edmund Wilson), el castillo de Barba Azul (George Steiner). la torre de la traducción o la gruta Boca de Infierno (Pessoa). En rodos los casos, se trata de lugares en función de puntos cardinales formulados para habitar una particular geografía espiritual. En este sentido tiene razón Fahienne Bradu cuando, a propósito del anterior título del autor, precisa: "Algunas lecturas han dejado en Adolfo Castañón cicatrices, otras, bálsamos que son auténticas epifanías".

Ahora bien, no creo estar muy lejos si digo que ese lector de epifanías es quien ha encaminado los pasos del ensayista hacia una nueva práctica. En efecto, no me sorprende ver a Adolfo Castañón liado, después de tantos años de presencia en la prosa, con las demandas específicas del poema; lo que sí me toma por sorpresa es encontrar, apenas abierto La otra mano del tañedor, más de un ejemplo que habla de un poeta cabal y no de un mero entusiasta de bolígrafo ligero. Y si bien la lectura avanza con uno que otro tropiezo, el conjunto se mantiene en pie gracias al notable número de poemas en donde —más allá de una prosodia regular, de verso medido— la música sintáctica se empata al negocio dramático entre la voz poética y la recortada silueta del autor.

Esta voz poética corresponde -violentando quizá un poco la imagen- a la figura del lector sobre el cual va hablamos rengiones arriba. No obstante, lo que ocupa a este último (transitar por geografías escritas) en La otra mano del tañedor se invierte en favor de cierta voluntad que busca ganar, en las ceremonias del trajín diario, una realidad más tangible. Poblar una intimidad redimensionando la propia individualidad que, con buen humor v fraseando a Pellicer, Adolfo Castañón expresa así: "Cuando las sábanas se hinchan como velas:/ cuando la fiebre muerde y entre sueños preguntamos,/ ¿Cuántas veces más atravesaré el Aqueronte/ aferrado a la almohada?/ ¿Cuántas ciudades habré perdido por levantarme,/ por no ganar la cama en el momento oportuno?" La figura que habita los poemas de este libro es un hombre de costumbres urbanas -civiles-, que entra y sale por calles: distraído, se detiene en alguna esquina o hace un alto frente a cualquier plaza, jardín, monumento... En un perpetuo monólogo, parece que mantiene consigo mismo varias conversaciones a la vez; y así como va y viene, sube y baja por los diversos trazos del dédalo citadino, puede quedarse en un sólo lugar y emprender, como Javier de Maistre, un viaje alrededor de su cuarto. Habita la ciudad pero, también, hay ciudades que lo habitan:

Y el sábado se hizo luz, brasas.
Crepitan en la plancha las costillas.
Juegan al aro las cebollas,
cantan su culpa los tomates.
(Cruza Hispalis el azul del agua.)
Jubilosas cerezas maduras pone en la
[boca
la Muerte Catrina, Cherries from the
[Death...)
Descalzas Cristal, Remedios e Isabel
bailan sevillanas con el viento.
A las nubes dan forma con sus brazos,
ágiles piernas invocan la vendimia.
Es sábado en Medellín y en Perpitán.
Disfrazado de sol, Dios humedece
[nuestra boca

con unas gotas de felicidad.

Este poema no es el caso, sin embargo, habrá que reprocharle a Adolfo Castañón cierta idolatría. Quiero decir, habrá que lamentar su entrega a algunas de las formas sancionadas por la tradición que, al reproducirse sin titubeos en La orra mano del tañedor, consiguen apenas el peso leve del verso accesorio ("-Cárcel ésta del cielo/ que volar no puedo va./ —Cautiva mi voz en celo/ cantarte no puedo más."). Asimismo, hay un aspecto de este libro en el que es necesario detenerse: me refiero al desbordamiento retórico que afecta a varios de los poemas. El problema es evidente -aunque no exclusivo- en los poemas breves, aquellos cuya economía no perdona ningún descuido (ver "Farewell"). De cualquier modo, repito antes de concluir esta rápida nota, en La otra mano del tañedor se escucha el registro de una voz poética cabal; una voz nueva en sentido estricto que, por eso mismo, reclama ser oída con atención. 🖴

JUNIO DE 1996 47